



ARQUITECTURA EN CASTILLA-LA MANCHA

Caja silenciosa, caja mortuoria

Desde el principio de este número especial de AÑIL, dedicado a la Arquitectura Contemporánea de Castilla La Mancha, habíamos pensado en dedicar de forma ineludible, un espacio singular a la obra, también singular, de Manuel de las Casas en la EXPO de 1992 en Sevilla. Y se había, incluso, esbozado el posible título del trabajo: "*El pabellón de Castilla-La Mancha en la EXPO '92 como metáfora posible*". Tratando de evidenciar con esa posibilidad metafórica, no los señuelos sentimentales y patrióticos de hace seis años, vertidos por tanto corifeo de ocasión y tanto oportunista de tomo y lomo; sino las cualidades implícitas en dicha obra, que a nuestro juicio eran dos. La primera hacía mención al carácter posible, aún, de cierta arquitectura inteligente. Y la segunda planteaba el carácter creativo de todo exilio. No es que Sevilla sea —o fuera— un exilio, sino que reflejaba virtualmente, que la mejor arquitectura contemporánea de Castilla-La Mancha, se producía en la dulzura del sur sevillano, se había producido fuera del ámbito espacial de la Región. Esta idea, es similar a la de los que sostienen que la mejor poesía española del siglo XX, se ha producido en Estados Unidos y particularmente en New York. Aportando, para ello, el *Diario del poeta recién casado*, de Juan Ramón Jiménez y *Poeta en New York*, de García Lorca.

El éxito crítico de la obra de Casas, propició que se sumaran al carro de los ganadores todos los estamentos regionales: divinos y humanos, terrícolas y galácticos. El éxito de la obra, fue visto y apuntado como el éxito de la Comunidad Autónoma —al menos los responsables no eludieron el compromiso de personarse al evento con una *Caja Silenciosa*, con lo fácil que hubiera sido hacerlo con un enfático molino o era un exponente de la cultura regional abierta y cerrada al mismo tiempo. Las cualidades de la Caja eran justamente de índole arquitectónica: la idea del proyecto, su representación y su ejecución. El otro mérito era el de navegar a contracorriente, proponiendo el silencio y el rigor, en un contexto más proclive al ruido y a la faramalla.

La permanencia de la Caja Silenciosa de Casas, había sorteado los peores vientos de salida, que fueron los de la clausura de la EXPO y el debate me quedo-me voy-me lo llevo a mi pueblo—quién lo quiere. Los vientos que arrecian ahora, al doblar nuevos accidentes físicos, son los usuales de la arquitectura: ésta sucumbe en manos del espectáculo y en manos del olvido. El olvido, ya se sabe, es moneda común de tantas cosas que hay que contar de antemano con él. ¿Donde están los rapsodas del 92 con el adjetivo enfático y el anacoluto floral

vertido a mayor gloria de la ocasión?, ¿cómo hablar de la EXPO '92, cuando es pasado y si se reaviva su recuerdo es para fiscalizar un gasto contable o someter su gestión al descrédito del presente en el que popularmente ¿España va bien? La presión por el espacio próximo que ejerce el Parque temático Isla Mágica amenaza con devorar con su tumulto y su ilusión virtual del tiempo y del espacio un ejercicio de rigor en torno al tiempo que consume el espacio y en torno al espacio que es devorado por el tiempo. La licencia de demolición que gravita sobre la Caja da cuenta del último de los azares administrativos de su existencia, una vez que ya han sucumbido los demás intereses: los sociales, los culturales y hasta los políticos.

Y es que el destino de la arquitectura contemporánea es el de desaparecer sin dolor y más si su origen proviene de una bastardía como es su origen en una Exposición Universal. Otras piedras intemporales y con poco sentido más allá de sus propios años causan más dolor y más repudio en el empeño de consumir su desaparición. Estas piedras merecen otras voces y otros esfuerzos, pero un pabellón expositivo sólo merece el silencio que ya anunciaba en su propósito de ser una *Caja Silenciosa*, igual que esas otras cajas de silencio que son las cajas mortuorias. □

